

## AMBIOLOGOS DE AQUÍ

### Zoólogos sin fronteras: aprender en León, enseñar en París

Santiago Aragón Albillos

Una lombriz de tierra, un cangrejo de río, una cucaracha, una ascidia, un arenque y un ratón han sido los organismos empleados en las prácticas de zoología para ilustrar el plan de organización de tres de los principales filos animales: los anélidos, los artrópodos y los cordados. En la Universidad *Pierre et Marie Curie* de París acabamos de terminar el primer cuatrimestre de docencia. Nos hemos despedido con una sesión de revisión y, una vez más, empezaremos el nuevo año civil con los exámenes. Curso tras curso, y ya van catorce para mi, esa clase de repaso ha sido el preludio de las vacaciones de fin de año y la confirmación de que, aunque debilitada por la pujanza de las disciplinas moleculares, la zoología, o si se prefiere, la biología animal, siempre será necesaria en la formación de los biólogos.



Foto reciente del autor del artículo

Me gusta decir que soy profesor de zoología. Tiene algo de romántico, de excepcional. Mucha gente se sorprende al saber que esa es tu ocupación y es que, sorprendentemente, todavía son muchos los que se preguntan acerca del interés de estudiar los animales. También hay que decir que somos pocos y apasionados. Raro es aquel que se hizo profesor de zoología porque no quedaba otra opción. Como ya han reconocido otros colaboradores de esta sección, en nosotros, en algún momento, se encendió una llama difícil de extinguir. En los de mi generación, lo dice Víctor Casas en su escrito (*Ambiociencias* nº 1), los documentales de Félix Rodríguez de la Fuente tuvieron mucho que ver. Además, y aunque no considero que el padecimiento sea condición necesaria, he de admitir que la dificultad asociada a la consecución de un puesto tan escaso en el ámbito universitario hace que uno se sienta satisfecho en su ejercicio diario.

No recuerdo en qué momento empecé a tener fascinación por los animales. Lo que sí recuerdo es la alegría que sentí al recibir, hace ya unos cuantos años, un sobre de correos en mi casa de Medina de Rioseco, en esa parte de la provincia de Valladolid que ya mira hacia León. Era la confirmación de mi matrícula en la

Facultad de Biología. Entre otros papeles había una especie de cuadernillo de tapas azules en el que se detallaba el contenido de los cursos y de las asignaturas. Por él me enteré de que el plan de estudios en León había cambiado en 1982. También supe que la mía sería la segunda promoción del nuevo plan. Pero lo mejor de todo fue saber que estudiaría zoología desde el primer año, la de los invertebrados no artrópodos. En segundo vendrían los artrópodos y en tercero los cordados. ¡Tres años enteros de zoología! La cosa no podía empezar mejor.

Los años de carrera fueron fantásticos y la zoología que pude aprender dejó más que colmadas mis expectativas. Luego pegué un giro extraño, difícil de explicar pero que, no lo puedo negar, me ha sido de gran utilidad en mi actividad profesional. En lugar de seguir la especialización en ciencias ambientales opté por las fundamentales. Incluso inicié una tesina en bioquímica que, pese a la buena voluntad de mis directores, nunca llegó a buen puerto. Sentía la necesidad de retomar la zoología en su acepción más clásica y alejarme de la molécula para recuperar el organismo. Y a partir de ahí empecé a encadenar becas e inicié mi imprescindible etapa de dispersión. Primero vino la pre-doctoral del Plan de Formación de Personal Investigador. La obtuve en la Estación Biológica de Doñana (CSIC), donde desarrollé un proyecto de biología de la conservación centrado en las escasas poblaciones de corzo que habitan en las sierras de Cádiz y Málaga.



Imagen del museo pedagógico de zoología de la Universidad *Pierre et Marie Curie* durante la visita de uno de los grupos de prácticas.

Después la primera post-doctoral, en la Universidad de Copenhague, esta vez para realizar una filogenia molecular del grupo de los cuculiformes, una herramienta indispensable a la hora de discutir la evolución del comportamiento de parasitismo de puesta en esas aves. El proyecto lo pude concluir con una nueva beca, una Marie Curie de la Unión Europea en el departamento de Ecología de la Universidad *Pierre et Marie Curie* de París.

Y estando en Francia surgió la oportunidad. La Universidad ofertó una plaza de profesor asociado de zoología y pude hacerme con ella. Para ser honestos, en todo momento pensé que la heterogeneidad de mi currículum, en el que se mezclaban corzos con cucos y una más que leve experiencia con las levaduras y el *Penicillium chrysogenum*, jugaría en mi contra. Sin embargo, el efecto fue el contrario. Por encima de cualquier especialización, mi perfil era el de un naturalista, exactamente lo que el tribunal estaba buscando. Mis cursos de zoología, mi desconcertante tránsito por el laboratorio, las sierras andaluzas y la sangre de los cucos al final habían encontrado un sentido. La ayudantía terminó convirtiéndose en titularidad y desde entonces enseñé la disciplina, me ocupé de la enorme colección pedagógica que mi Universidad heredó de la histórica Sorbona y dedi-



El autor del artículo explicando el esqueleto de una tortuga durante las Jornadas del Patrimonio celebradas en la Universidad *Pierre et Marie Curie* de París.

co mi tiempo de investigación a la historia de la ciencia, eso sí, a la de la zoología, que por lo visto es el único distintivo que parece adaptarse bien a mi trayectoria de corte generalista.

Ahora, con frecuencia observo a mis alumnos en clase. Sin querer, y pese a que el tiempo transcurrido ya es mucho, enseguida me vienen a la cabeza imágenes de lo que fue mi paso por la Facultad de Biología de León. Recuerdo lo que yo experimentaba entonces y trato de entender lo que les sucede a los que hoy estudian conmigo. No es tarea fácil, pero siempre acabas percibiendo esa pequeña llama en parte de los chicos y chicas que llenan el aula. Y es en ese momento cuando eres consciente de en qué consiste tu trabajo. Tu entusiasmo no puede haber perdido ni un ápice de lo que fue para lograr que el suyo siga adelante. Cada año te pones a prueba y cada año estás obligado a salir airoso, por encima de rutinas y aburrimientos. Por eso, espero que en enero los resultados muestren que, al menos en una parte significativa de los alumnos, la presencia del profesor ha servido para algo. En León, y en mi caso, así fue. Veremos lo que ocurre aquí, en París, este año. Les volveré a preguntar por esos organismos con anatomías que reflejan lo fundamental del plan de organización de un anélido, de un artrópodo y de un cordado, aunque esta vez les hablaré *du lombric, l'écrevisse, la blatte, la cione, le hareng et la souris* para que me entiendan.